

Extractos del capítulo de Pierre Rolle “Postface. Sociologues, encore un effort...” [Postfacio: sociólogos, un esfuerzo más...], recogido en el libro de Alaluf, M; Rolle, P. y Schoetter, P. (coord.): *Division du travail et du social*, publicado en 2001, en Toulouse, en la editorial Octarès. Selección de los extractos y traducción al español a cargo de Jorge García López.

**Para usos comerciales de esta obra pónganse en contacto con los propietarios del copyright.**

**ROLLE, P. (2001): “Postface. Sociologues, encore un effort...”, en Alaluf, M; Rolle, P. et Schoetter, P. (coord.): *Division du travail et du social*, OCTARÈS, Toulouse.**

0. “La desarticulación de las nociones clásicas y la multiplicación de los terreros van de la mano. El investigador acepta hoy a menudo tratar los problemas sociales que le son propuestos, sea cual sea su dimensión y su *enjeu* [lo que está en juego], sin someterlos primero a un peritaje teórico, ni obligarse a verificar en principio la existencia de un conjunto de conceptos apropiados a su tratamiento. Puede tanto encerrarse en la empresa, tratando en un rincón del taller o la oficina un conflicto, oponiendo entre sí dos categorías locales de agentes, como tratar de caracterizar un período histórico completo. Todos los movimientos sociales le son en cualquier caso accesibles, tanto aquellos que se desarrollan al ritmo de la vida del investigador como aquellos que revela la gravedad, en el largo plazo, de la historia, cada marco temporal encerrando y revelando una misma realidad singular” [Rolle, 2001: 306]

1. “Aquello que sin duda está en crisis es la investigación con base en un empirismo estructurado que había arrancado tras la liberación, y en la cual el sociólogo enumeraba, captaba objetos muy precisos que recibía y trataba a partir de sus definiciones jurídicas; la empresa, la cualificación, la participación, el contrato. Descubrimos hoy que esos procedimientos directos de descripción y de tratamiento respondían a condiciones sociales que han desaparecido progresivamente” [Rolle, 2001: 307]

“La sociología había sido declarada, en aquella época de reconstrucción, como resolublemente empírica, es decir, como dispuesta a describir los acontecimientos sociales en el mismo vocabulario con el que los actores se los representaban y a dotar de un sentido a la secuencia de los hechos, a su orden inmediato de aparición. ¿Por qué? Porque las dificultades sociales y políticas que habían retenido los sociólogos hasta entonces podían ser consideradas como resueltas. Ya no se trataba de probar la posibilidad del Estado democrático: la guerra acababa de demostrar la fuerza de los regímenes representativos contra las dictaduras. Este

Estado, ¿estaba autorizado a intervenir en la vida económica y la producción nacional? Otra cuestión largo tiempo promovida por las diferentes escuelas de la sociología, y principalmente por la Durkheim. La teoría de la solidaridad tenía evidentemente mucho que ver con la teoría del solidarismo de Léon Bourgeois, que se pretendía una síntesis del liberalismo y del socialismo. Pero la historia misma había zanjado esta cuestión y, en lo esencial, en el sentido previsto, o así lo parecía entonces. Ya no se trataba en la Francia y la Europa liberadas, de reflexionar sobre la posibilidad de regular socialmente el trabajo y los intercambios, sino de orientar a las administraciones democráticas que se encontraban ya encargadas de dicha función. El rol del sociólogo era el de iluminar al Estado reconstructor y armonizador, al Estado francés, que, por su misma naturaleza, protegía la nación tanto de la burocracia desenfrenada del comunismo como de la barbarie del capitalismo americano. Estos dos regímenes, tan opuestos entre sí como se quiera, parecían converger en que ni el uno ni el otro se preocupaban de conocer la realidad del trabajo. La organización del taller, la composición de las actividades humanas, era definida abstractamente en el Este por el Partido único y abandonada al juego del mercado en el Oeste. En Francia, por contra, e incluso en toda la Europa occidental, la sociología del trabajo era a la vez uno de los símbolos del Estado solidarista y un instrumento efectivo para los compromisos pragmáticos, las legislaciones concertadas, las codificaciones parciales que caracterizan a un Estado tal. Bajo esta cobertura, dando por resuelta la cuestión política fundamental, los sociólogos del trabajo desarrollaban voluntariamente su propia ideología que explicaba algunas premisas de la doctrina de conjunto. Esta utopía admitía que el trabajo individual autónomo, personalizado, tal y como había sido experimentado por los individuos, podía, sin perder su riqueza subjetiva, ser reconocido en tanto que tal y convertirse en objeto de la intervención del Estado. Los sistemas de clasificación de empleos, las formaciones garantizadas, las cualificaciones repertoriadas por las convenciones colectivas, es decir, a fin de cuentas, todos los procedimientos que amalgamaban la legalidad administrativa con la de las empresas, debían convertirse en los instrumentos de esa regulación” [Rolle, 2001: 307]

**2. “La utopía sociológica, alimentada a la sombra de la utopía solidarista, quería creer que el trabajo podía presentar el mismo contenido y el mismo sentido en tanto ofrece al asalariado el medio de representar su propia vida y en tanto juega como categoría administrativa. La afirmación de una equivalencia tal, por la cual la realidad del trabajo parecía reconstituirse miradas y palabras allende, podía incluso pasar por la piedra de toque de una política verdaderamente democrática. Fue necesario retractarse. Esta quimera**

**científica ha sido abandonada progresivamente, arruinada tanto por sus éxitos relativos como refutada por sus fracasos, en cualquier caso evidentes.** En efecto, la realización, ciertamente parcial, de las esperanzas de los viejos sociólogos ha entrañado consecuencias inesperadas que han demostrado la insuficiencia de sus principios. **La autonomía del asalariado, por ejemplo, ha sido admitida e incluso prescrita, al menos por ciertas técnicas de administración de empresas: pero este reconocimiento ha sido obtenido en perjuicio de las garantías tradicionales de estatuto, de empleo y de carrera. La competencia del trabajador fija su posición singular en la empresa: pero se encuentra apreciada a cada instante por el empresario, que deviene el amo exclusivo de su uso y de su duración, y puede contratar, promover y despedir a su antojo. La iniciativa del operador resulta sin duda cada vez más requerida: pero de ninguna manera como el resultado de un acuerdo establecido entre el empleador y el empleado.** La participación del trabajador juega el papel de una imposición y de un principio de selección suplementario. **Los proyectos que perseguía la primera sociología del trabajo se han revelado hasta este grado inconsistentes o, más bien, hasta este grado dependientes de condiciones que les pasaron desapercibidas, en el primer lugar de las cuales figura la acción reguladora del Estado, hoy bastante debilitada”** [Rolle, 2001: 308]

“Por lo tanto, no había tras el Estado (...) ninguna racionalidad superior de la cual éste hubiese sido el instrumento. **Lo que se ofrece al análisis es la multiplicidad de los grupos y de los intereses, así como de los acuerdos que éstos componen.** La ciencia, ¿debe afirmar la pertinencia de su punto de vista pretendiendo ignorar los conflictos o reduciéndolos a desacuerdos ocasionales? ¿No podría entonces aspirar a la imparcialidad más que rechazando la comprensión de las diferentes tomas de posición y negando la seriedad de sus enfrentamientos? **La sociología debe darse por objeto una materia social compuesta de relaciones y de luchas múltiples de las que debe determinar los sentidos y los enjeux [lo que está en juego], los cuales no pueden darse de entrada por conocidos. El nuevo método, en consecuencia, ya no arrancaría de la sociedad constituida, sino de las relaciones que, en cada momento, recomponen las totalidades visibles y las instituciones.** Dicho de otra forma, la investigación sociológica, sea la que sea, debería recoger la polifonía y las discordancias de lo político, aquellas que ha tratado durante demasiado tiempo de transcender. ¿Qué sería entonces de la convergencia entre el estudio de las formas de sociabilidad en la empresa, por un lado, y los análisis de los reformadores interesados en conocer la organización de conjunto del colectivo, por el otro (...)? [Esta convergencia] designaría, de ahora en adelante, los contornos de un problema en movimiento, de una tensión

esencial, y ya nunca más el objeto primero al que debieran apuntar todos los análisis” [Rolle, 2001: 309]

3. “Si (...) las antiguas polémicas acerca de la manera de reconciliar lo social consigo mismo parecen hoy desenfocadas en relación con las preocupaciones del momento, ¿podemos, sin más precauciones, declarar estas polémicas como definitivamente resueltas y postular como principio que las naciones actuales han alcanzado el estadio de la concordia universal? **“La cultura, [escribe Marcel Stroobants] se convierte ... en aquello que permanece cuando se evaporan las relaciones de fuerza”**. Este postulado, expreso o implícito, amparado bajo el término de cultura, pero también de muchos otros términos, es constatable demasiado a menudo. Se puede ver bien el efecto que el investigador puede ganar con su adhesión al mismo: ya no hay por qué inquietarse con su posición en el colectivo, que se convierte en indiferente, ni verificar de entrada la legitimidad de la función que le es supuesta, lo que desencadena una contradicción irresoluble salvo a través del recurso a una doctrina apriorística” [Rolle, 2001: 310]

“Más aún, desembarazado de todo escrúpulo moral y político, el investigador se encuentra por añadidura provisto de un método. **Si admite que la sociedad no se mantiene y reproduce más que en la medida en la que expresa un consenso primordial, el sociólogo, en la infinidad de los datos que conciernen a su objeto, puede contentarse con identificar aquellos que explicitan la fórmula de ese consenso. Establecerá entonces, bajo una denominación u otra, un tipo ideal que privilegiará las concordancias, las concomitancias, las identidades y las convenciones, consideradas como menos efímeras y locales que las disensiones. En esta arquitectura, los conceptos primordiales son los de equilibrio, reciprocidad, fusión, es decir, aquellos que operan una transposición inmediata de los datos brutos hacia las nociones generales y aseguran la unidad de todos los vocabularios, del más descriptivo al más formal. Este modelo una vez constituido, que retiene de lo real lo permanente y lo inteligible, podrá perfectamente tanto oponerse a la experiencia, declarada incierta y confusa, como enriquecerse con los datos empíricos, transformados sin esfuerzo en aseveraciones teóricas. Así, se vuelve posible, al menos en apariencia, decidir sobre problemas formales por el recurso directo a la experiencia”** [Rolle, 2001: 310]

“Este **privilegio acordado a las reciprocidades y a las identidades**, que resulta por todos lados constatable, es desmentido, en el ámbito del trabajo, por las observaciones más

cotidianas. **¿Cómo mantener aquí que las nociones sociológicas resulten tanto más reales y estables en tanto y cuanto designen homogeneidades y cohesiones? El ámbito del trabajo (...) es aquel en que se enfrentan realidades nunca reductibles y colocadas sobre trayectorias temporales independientes la una de la otra. La descripción sociológica se diversifica según perspectivas que reenvían, sin duda, la una a la otra pero a través de correspondencias múltiples, siempre inestables y disputadas. En un empleo, se conjugan para una duración identificable un momento en la vida de un trabajador, una operación en un proceso de producción y un ciclo financiero. (...) En el seno de la empresa, los puestos de trabajo, las certificaciones y los estatutos de los operadores no se ligan los unos a los otros más que por índices y por clasificaciones empíricas. No hay una relación necesaria entre la formación y el empleo, ni una tasa de salario justa. El dispositivo de la empresa no realiza ningún equilibrio preestablecido, sino que impone un conjunto de ajustes, siempre disputados, que se realizan a través de la vida misma del trabajador y fijan su destino. No se pueden repertoriar los fenómenos del trabajo según una dimensión única. (...) A fin de cuentas, no hay una solución real estable a la cuestión de la organización del trabajo. (...) ¿Cómo imaginar que una empresa pueda, en su administración interna, coordinar sin violencia los ritmos propios del capital, los de la producción y el desarrollo de las vidas de trabajo de sus empleados? Le sería necesario, para conseguirlo, sustraterse a la dinámica que, en todo momento, en todo el espacio económico, disocia y reajusta el ordenamiento de estos movimientos diversos y se alimenta de sus tensiones” [Rolle, 2001: 311]**

**4. “(...) sus objetos de investigación amenazan a cada instante al sociólogo con escapárseles de las manos en tanto que persista en localizarlos en un tiempo lineal y en describirlos en el mismo vocabulario que los actores. (...) Las tesis del “fin del trabajo” (...) nacen probablemente de una confusión entre el trabajo “concreto” y el trabajo “abstracto”. De la desaparición de ciertas formas de producción y de la expansión visible del desempleo se ha creído poder inferir el debilitamiento de los mecanismos que ordenan la sociedad en torno al uno intensivo del trabajo humano. (...) La misma tesis supone, además, una equivalencia primordial entre el número de individuos dispuestos u obligados a hacerse con un empleo, por un lado, y la cantidad de trabajadores de los cuales el aparato económico tendrá necesidad en ese mismo momento, por el otro. Es este caso, y sólo en este caso, la aparición de un desempleo persistente significaría la inminencia de un cambio de sistema y la transformación de una sociedad en otra. La hipótesis de un pleno empleo natural o normal es esencial para la economía neoclásica. Es**

mediante postulados de este tipo como esta ciencia pretende dispensarse del estudio de las sociedades complejas y absorber todo lo colectivo en su propia formalización. En su mayoría los sociólogos no se han adscrito a esta doctrina, sin duda porque no creen espontáneamente en la existencia de armonías económicas. Pero sucede frecuentemente que aceptan hipótesis aún más gravosas, por ejemplo, **la de una homogeneidad y una constancia original de lo colectivo**. Se puede ver con claridad la dificultad primordial que una coyuntura tal permitiría escamotear. ¿Cómo pensar la heterogeneidad de los mecanismos, los ciclos y los planos de lo social al mismo tiempo que su unidad? En efecto, **si se han superado los viejos límites impuestos a la investigación sociológica, y abandonado sus polémicas tradicionales, ha sido colocando entre paréntesis un conjunto de problemas (...) que refieren a las relaciones entre la descripción y la formalización, la investigación sobre el terreno y las tesis macrosociológicas, o mejor aún, si se prefiere, entre el elemento y el sistema. ¿Cómo pasar de la constatación bruta a lo general, a lo formal, a lo histórico, a lo estructural?** Es un hecho que **bastantes nociones que se han expandido desde hace algunos años son utilizadas para resolver esta dificultad sin haberla siquiera formulado. Estos términos, cultura, identidades, consenso, democracia o mercado, designan en el colectivo homogeneidades primordiales, o mecanismos de homogeneización, por los cuales la observación local, o individual, adquiere instantáneamente valor para el conjunto**” [Rolle, 2001: 312]

“Darse por ejemplo, desde el principio de la investigación, el sistema social ya formado y especificar este ser aún desconocido atribuyéndole una característica relativamente concreta, no es en la materia más que una escapatoria. Definir nuestra forma social como una sociedad industrial, o posindustrial o terciaria, o de organización, o incluso de comunicación, viene a suponer transformar de un solo golpe las agrupaciones que experimentamos cada día, la nación, o el Estado, o el mercado, en conceptos teóricos, y **suponer como conocida, sin haberla no obstante descrito, la textura misma de lo colectivo. De ahí el programa paradójico propuesto a la sociología; determinar cómo se diversifican entidades sociales de las que no se pretende dilucidar cómo se constituyen**” [Rolle, 2001: 313]

“¿Cómo comprender, sino como una especie de escaqueo teórico, la difusión reciente de los términos “metamorfosis” y “mutación”? El investigador, designando mediante estas palabras una transformación cualquiera, afirma implícitamente que existía anteriormente en su ámbito de estudio una coherencia, sin verse obligado a describir esta ni tampoco aquella que le va a suceder. Se pueden ver fácilmente los peligros inherentes a este tipo de proceder en el que **no se distingue claramente si la**

**metamorfosis proclamada de lo social es una constatación o una interpretación. Se presume solamente que cada observación es un elemento, o un índice, o una expresión de una transformación de conjunto. (...) Es necesario concluir de estas observaciones que describir el paso de un sistema a otro sin precisar en ningún momento que es lo que estamos captando como sistema, es decir, las instituciones y las relaciones internas que suponemos las constituyen, no puede ser un buen método.** A falta de haber aislado estos elementos, resulta que creemos haber captado una conexión inédita entre múltiples realidades, mientras que, en realidad, no estamos haciendo otra cosa que **expresar una misma realidad en diferentes vocabularios**” [Rolle, 2001: 313, 314]

5. “El empleador individual es cada vez más libre de apreciar en el día a día las competencias y las performances de cada uno de sus trabajadores. Pero, al mismo tiempo, la empresa deja de ser una organización estable y autónoma que pudiéramos aislar de su medio, el mercado, y se convierte en una reagrupación móvil de funciones en el seno de una red productiva compleja. Ya no se trata, tan completamente como antes, del intermediario obligado entre el trabajador y el sistema global de los intercambios de trabajo y de productos. Los estatutos de los asalariados ya no son exclusivamente concedidos por mediación de su contratación por una firma particular. Los oficios, las cualificaciones, las formaciones, las remuneraciones no se implican ya de forma rigurosa. La división del trabajo en el interior de la empresa no se acopla ya de manera exacta a las divisiones del trabajo entre las ramas y las clases. Detrás de la indecisión de las formas de empleo, de la sustitución de los grupos, de las configuraciones de los asalariantes, para los empresarios individuales, y de la multiplicación de los trabajadores más o menos independientes, es necesario ver dibujarse otros procedimientos de movilización y utilización del trabajo de los conocidos hasta el presente. Se puede, al menos a título de hipótesis, nombrar aquello que, a través de los juegos inciertos de las mutaciones y las permanencias, se transforma realmente: el régimen económico y político o la dirección de la producción nacional que se realizaba por el reparto de las tareas de organización entre la empresa y el Estado. Este régimen admitía un pilotaje nacional del día a día a base de compromisos y de convenciones entre las categorías de ciudadanos. Estas prácticas no han resultado nunca completamente institucionalizadas, con lo cual su declive no entraña transformaciones jurídicas importantes” [Rolle, 2001: 315]

6. “**No hay otra sociología posible que aquella que le da su orden y su sentido a la multiplicidad de los grupos, a sus antagonismos tanto como a sus conjunciones.** Se trata a

fin de cuentas de explicitar la crítica permanente que la sociedad efectúa sobre sí misma, crítica que se actualiza en un movimiento sin fin. (...) Bastantes sociólogos escapan con dificultad a las doctrinas unanimistas del momento y dudan en reconocer al conflicto un valor positivo. Para ellos **el antagonismo de las dos categorías de individuos, sean los que sea, no puede contener objetivos opuestos, ni prolongarse en visiones irreconciliables del porvenir colectivo. La disensión no puede traducir más que la parcialidad de las tomas de partido realizadas. En consecuencia, la sociedad puede jugar siempre, en todas las diferencias, el papel de tercer actor, aquel que reconciliará a los dos primeros.** La tautología, como se puede ver, acecha: el todo, si es alguna cosa, es evidentemente, la instancia en la que los conflictos, pero también los acuerdos y las reconciliaciones, pierden todo sentido. **Se obtiene la imagen del todo suponiendo que las relaciones entre los grupos y los individuos verifican y reproducen, sin poder modificarlos, los roles y las situaciones adquiridas.** La confusión entre la palabra y las cosas no resulta aquí inocente. **La sociedad se convierte, en una teoría tal, en la suma inmóvil de las posturas en lucha y en la forma visible de su alianza recuperada; un hecho que sería así una exhortación política y un precepto moral. (...) Admitir que las luchas sociales no nacen más que de malentendidos, de incomprensiones, de una mala percepción de las necesidades inexorables que imponen el consenso, es condenar a la sociología a no ser otra cosa que un balance de constricciones que no puede explicar y de las cuales sólo observa su realización y sus consecuencias. Esta ciencia no tiene nada que decir sobre la forma en la que lo colectivo se constituye y se transforma” [Rolle, 2001: 316]**

7. “(...) una teoría no es otra cosa más que un conjunto de conjeturas que es necesario reformular, distinguir, conjugar y ordenar permanentemente. Una arquitectura tal, adosada a saberes múltiples, lógicos tanto como económicos, no puede ser verificada ni afirmada de un solo golpe, sino únicamente reconstruida mediante un trabajo incesante. (...) No podemos esperar a que una teoría inédita, de la que no conoceríamos aún ni la naturaleza ni el alcance, venga a ofrecernos a los analistas las problemáticas y los vocabularios que mejor nos permitiesen colaborar entre nosotros. Todo lo contrario, es por el ejercicio del intercambio, de la interpelación, la polémica, y dándonos por regla la no admisión en nuestra disciplina de ninguna afirmación sin haberla antes examinado, como los sociólogos encontraremos nuestro propio espacio, si es que este existe. Después de todo, la investigación es en todo momento una actividad colectiva por la que intentamos informar y convencer e inventar un mundo común para todos los ciudadanos. La observación, la intuición, la elaboración individual no



son aún ciencia. No se convierten en ella más que en el momento en el que son dirigidas a la comunidad científica constituida, o a una comunidad virtual que el investigador, piensa, recibirá mejor sus descubrimientos y los transmitirá con mayor empeño al conjunto de la sociedad” [Rolle, 2001: 317]

8. “Estos debates conducirán forzosamente a revisar los métodos comunes de observación y de tratamiento de datos, los cuales resultan frecuentemente encerrados en los marcos abstractos de lo sincrónico y lo diacrónico. **¿Podemos contentarnos con analizar retrospectivamente el curso del mundo, considerándolo como hasta hoy necesario y, posteriormente, abandonar el futuro a las iniciativas de los gobernantes? (...) La sociología no puede constituirse como ciencia sin concebir y comprobar los esquematismos temporales que le son propios, diferentes por naturaleza de las duraciones en que viven los individuos, de los ritmos de la investigación y de los períodos de la política.** Puede quizás haber llegado el momento de recordar, también en sociología, que **una ciencia no es tal, y por ello no es útil, más que si es capaz de prever.** En otras palabras, más que si reclama nuevos datos que deberán verificar o perfeccionar las formalizaciones admitidas en la disciplina. (...) Una hipótesis no se consolida más que incrementando la cantidad de las observaciones que formaliza y definiendo de entrada las condiciones y las formas de su aparición. (...) **En las ciencias que persiguen la comprensión de los fenómenos colectivos, la capacidad de anticipar, es decir, de escapar a los límites del tiempo vivido, es aún más imperativa. El objeto mismo que se propone captar se desarrolla en el tiempo o, más bien, se desmultiplica en ciclos y períodos más o menos sincronizados los unos con los otros. La sociología no puede afirmarse como realmente empírica si no se da los medios de someter a la experiencia estas estructuras temporales.** (...) Prever con certeza el resultado de las elecciones del año próximo, o la evolución de tal oficio, o la suerte de tal empresa, es sin lugar a dudas imposible; tanto como conocer la duración exacta de la vida de un organismo particular, o el clima para un día del mes que viene. Podemos, por contra, describir los ciclos de las estaciones y sus fundamentos astronómicos, o bien las leyes de la génesis, la maduración y del envejecimiento de un ser vivo, y puede que también podamos proponer coyunturas racionales sobre el devenir de las formas y las regulaciones del trabajo” [Rolle, 2001: 318-319]

“Es necesario, no obstante, que la sociología del trabajo afronte todas estas cuestiones, cuestiones que tradicionalmente ella ha sabido evitar. (...) **Quedan por inventar los principios y encontrar los términos que permitan tratar las evoluciones**

**contemporáneas, las evoluciones que afectan a las funciones de los individuos, aquellas que modifican los dispositivos de producción y aquellas que alteran los modos de regulación colectiva. Para descifrar estos movimientos es necesario correr el riesgo de formular la nueva organización social que, puede ser, se impone a través de ellos. Los procedimientos actuales de preparación y puesta en movimiento del trabajo, ¿consisten en figuras particulares del salariado, en discordancias regionales, o bien en los signos de una crisis que alcanza en lo sucesivo a esta forma de empleo? A no ser que estos fenómenos presagien la aparición de un nuevo régimen de trabajo, de una sociedad inédita en la cual la dominación de un grupo sobre su aparato productivo ya no se ejercerá más mediante la subordinación del operador” [Rolle, 2001: 319]**